chos años de indulgencia á los que entrasen en la guerra contra los infieles. Los soldados no fueron omisos en proveerse de aquellas concesiones de la iglesia, y el buen fraile despues de un tráfico muy lucrativo, se volvió á su patria al cabo de pocos meses, cargado de los sustanciosos tesoros de las Indias. [1]

1 Bernal Diaz. cap. 143. Oviedo; Hist. de las Ind., MS. lib. 33, cap. 21. Herrera, Hist. General. dec. 3, llb. 1, cap. 6.

CAPITULO III.

NUEVO RECONOCIMIENTO DE LA CAPITAL.—ENCUENTRO QUE HAY EN LA SIERRA.—TOMA DE CUERNAVACA. BATALLAS DE XOCHIMILCO.—ESCAPASE CORTES CON GRAN TRABAJO.—ENTRA EN TLACOPAN.

(1521.)

La ayuda que se habia prestado á la ciudad de Chalco, no fué parte á impedir que los aztecas renovasen sus hostilidades, por lo que aquella ciudad envió á Tetzcoco mensageros que traian mapas geroglíficos en que estaban pintadas varias plazas fuertes, inmediatas y guarnecidas por los aztecas. Cortés resolvió entonces encargarse él mismo del asunto y socorrer á la ciudad tan eficazmente que quedase en completa seguridad. No solo esto se proponia, sino de paso hacer un reconocimiento de

parte meridional de las lagunas, semejante al que habia hecho de la parte occidental. En su tránsito queria atacar algunas de las plazas fuertes de donde podian recibir auxilios los mexicanos. Dos ó tres semanas faltaban para que estuviesen concluidos los bergantines, y aunque no resultase ningun otro bien de la espedicion, resultaria por lo menos el de dar ocupacion á los soldados; cuyo espíritu turbulento estaba siempre mal hallado con la monotonía de un capamento.

Escogió para la espedicion treinta caballos y trescientos infantes, y un considerable número de guerreros tetzcocanos y tlaxcaltecas. El resto del ejército quedó de guarnicion á las órdenes del digno Sandoval, quien juntamente con el Señor de Tetzcoco quedó encargado de acelerar la construccion y complemento de las naos, y de defenderlas de los ataques de los mexicanos.

El 5 de Abril comenzó su marcha y al dia siguiente llegó á Chalco, de donde salieron á recibirle muchos magnates. Mediante sus dos fieles intérpretes, Marina y Aguilar, les manifestó el objeto de su presente espedicion: les anunció su proyecto de estrechar el sitio de la capital y les requirió de que le ayudasen con todas las fuerzas que pudieran levantar. Fácilmente accedieron á esto, y pronto recibió Cortés una prueba de sus amigables disposiciones, en los refuerzos que se le fueron reuniendo durante la

marcha; los cuales, segun uno del ejército, eran mas cuantiosos que cuantos hasta entonces habian tenido. [1]

Hizo el ejército rumbo hácia el mediodía, y saliendo de Chalco, se encontró en las encrucijadas de la sierra, la cual con sus escarpados picos sirve como de palizada para defender el hermoso valle de México; al mismo tiempo que entre sus toscos brazos ciñe hermosos y fértiles valles. Varias veces al pasar los españoles por las profundas cañadas, tenian que rodear por la base de alguna enorme montaña en la cual habian construido los indios sus cabañas, á la manera que lo hacian los habitantes de Europa en tiempo del feudalismo; disposicion de las casas, que aunque mas pintoresca, descubre el estado de inseguridad de los ciudadanos, de suerte que debemos estar contentos conque á nuestro pais (Estados-Unidos) le falte en sus paisages este rasgo de belleza.

Los moradores de aquellas habitaciones elevadísimas, se aprovecharon de su situacion para arrojar piedras y saetas á los españoles cuando pasaban por las estrechas gargantas de abajo. A pesar de que estas hostilidades molestaban mucho á Cortés,

1 "Vinieron tantos que en todas las entradas que yo habia ido despues que en la Nueva-España entré, nunca ví tanta gente de guerra de nuestros amigos, como ahora fueron en nuestra compañía." Bernal Diaz, cap. 144.

continuó sin interrupcion su camino; pero en llegando al pié de una roca fortificada y guarnecida por tropas indias, le causaron tal daño que juzgó conveniente castigar su osadía, no fueran á pensar que dejarles impunes era por falta de fuerza, y se menoscabase su prestigio. Hizo alto en el valle, y destacó una partida de tropas ligeras que asaltasen la fortaleza mientras él cubria la retirada y evitaba cualquiera sorpresa.

La parte inferior de la peña era tan encumbrada que lo soldados tuvieron que ayudarse con las rodillas y las manos para poder subirla; pero apenas llegaron á un punto desde el cual los dominaban los indios, cuando dejaron caer éstos enormes peñascos que al rodar por la falda y al hacerse pedazos, derribaron á la mayor parte de los que atacaban, y mutilaron sus miembros de la manera mas lastimosa. No obstante esto, intentaron seguir subiendo guareciéndose en las barrancas socavadas por los torrentes del invierno, ó tras de los picos salientes de las peñas, ó finalmente, tras de algun árbol que salia y colgaba de las grietas de las peñas. Todo era en vano porque apenas volvian á salir á un lugar descubierto cuando el torrente de piedras se precipitaba sobre sus cabezas con tal furia, que el escudo y la coraza eran tan débil defensa como sin en vez de ser de acero fuesen de algodon. Todos quedaron mas ó menos heridos: ocho fueron muertos en el sitio, que

fué gran pérdida para tan pequeña fuerza, y el valiente abanderado, Corral, que iba por delante, vió hecha añicos en sus manos la bandera. [1] Cortés, convencido de que la empresa era impracticable, á lo menos sin tener mayores pérdidas de las que se proponia sufrir, mandó la retirada; pero esta fué tarde, pues un gran cuerpo de indios venia ya en marcha por el valle, para atacarlos.

Cortés no aguardó á que llegasen, sino que reuniendo sus dispersadas filas les salió al encuentro, y á la cabeza de la caballería les cargó violentamente. En campo raso la ventaja era siempre de los españoles, porque los indios, incapaces de resistir el primer ímpetu, eran siempre arrollados. A la derrota se siguió la huida, y los blancos, atropellándolos con sus corceles ó lanceándolos, tomaron alguna venganza de los daños que acababan de recibir. El alcance duró algunas leguas hasta que el fugitivo enemigo se internó en los laberintos de la sierra en los que ya fué imposible perseguirle. La estacion estaba calorosa y el pais sumamente reseco, por lo que padecieron mucho, hombres y caballos. Antes de la caida del sol llegaron á un sitio sombreado por un bosque de morales, en los que encontraron unas cuantas frutas con que se alimentaron.

1 "Todos descalabrados y corriedo sangre, y las banderas rotas y ocho muertos." Ibid, ubi supra.

Cerca de este lugar habia otro cerro ocupado por una guarnicion aun mas fuerte que la que habian encontrado en la primera parte del dia, y á alguna mas distancia habia una fortaleza mucho mas alta, pero mas pequeña que la anterior. Guarneciála tambien un cuerpo de guerreros; los cuales juntamente con los de la otra, rompieron las hostilidades, arrojando proyectiles á las tropas acampadas abajo. Cortés, ansioso de reparar el revés de por la mañana, mandó asaltar la mas grande que le pareció ser tambien la mas accesible. Dos veces se intentó el asalto con gran resolucion, y dos veces fueron rechazados los españoles. La falda del cerro habia sido tajada y dispuesta artificialmente de manera que la dificultad de la subida aumentase considerablemente. Pero las tinieblas de la noche se acercaron y el general mandó á sus tropas replegarse al bosque de morales; mortificado de haber sido vencido dos veces en un solo dia.

Durante la noche, el ejército que ocupaba la eminencia inmediata pasó á la otra á reforzarla para resistir al asalto que se imaginaban se intentaria de nuevo al dia siguiente. Apenas percibió el general este movimiento, cuando al romper el dia se aprovechó de él con su acostumbaada viveza. Destacó una partida de mosqueteros y ballesteros que se paoderase de la eminencia abandonada, para dirigir él en persona el asalto contra la otra. Poco

tiempo pasó sin que ondease el pendon de Castilla en la fortaleza, y sin que Cortés se pusiese á la cabeza de sus tropas para emprender el asalto. La guarnicion salió á su encuentro resueltamente; pero los que estaban en la otra altura hicieron un fuego tan certero sobre la atacada, que afligido el enemigo no tardó en hacer señas de paz. [1]

Cuando entraron los españoles en la plaza encontraron que en la cumbre de la sierra habia una meseta de alguna estension, ocupada no solo por guerreros sino por mugeres y familias. Ninguna violencia cometieron los españoles con las personas y propiedades de los vencidos, y el conocimiento de esta lenidad, indujo á rendirse á la guarnicion que tan resueltamente habia peleado el dia anterior. [2]

Despues de detenerse dos dias en esta aislada fortaleza, emprendió el ejército su marcha por el S. O.

1 En cuanto a las escaramuzas en la sierra, cuya topografía es imposible conocer por las descripciones de los conquistadores, consúltese á Bernal Diaz, cap. 44. Relac. Tero. págs. 218, 221. Gomara Crónica, cap. 127. Ixtlilxochitl, Venida de los españoles, págs. 16, 17. Oviedo, Hist. de las Ind., MS., lib. 33, cap. 21.

2 Cortés, segun Bernal Diaz, ordenó á las tropas que se posesionaron de la fortaleza, que no tomasen ni un grano de maiz, de la pertenencia de los sitiados. Diaz, dando á esta órden una interpretacion muy amplia, cargó á sus tlamamas de cuanto botin encontró, escepto de maiz; pero le interrumpió en sus tareas el comandante, el cual dió á las órdenes del general una interpretacion mucho mas estricta, con gran disgusto de los soldados, egun refiere el intrép ido cronista. Ibid, ubi supra.

con direccion á Huaxtepec, la misma ciudad que habia sojuzgado Sandoval. Recibióle muy atentamente el cacique, quien aposentó á Cortés y á sus oficiales en su palacio, cuyos magníficos jardines les parecieron comparables á los mejores de Castilla. [1] Siguiendo la cadena de las montañas, pasó el ejército por Jauhtepec y otras plazas que le eran abandonadas al saber que se acercaba. Pero como los habitantes huian con armas y reunidos en grandes cuerpos, molestaban los flancos y retaguardia de los castellanos, por lo que éstos incendiaban las ciudades abandonadas.

Dejando asegurado de esta suerte su devastado tránsito, bajaron la escarpeda falda de las cordilleras, la cual es mas encumbrada por el lado del Sur que por el del Atlántico; así es que un solo dia basta para que el viandante se encuentre en una llanura muchos piés mas baja que la altura que ocupaba por la mañana, y para que en pocas horas recorra los climas propios de muchas latitudes. El camino estaba formado en muchos acres de estension, por lavas y escorias que probaban el carácter volcánico de aquella region; pero á las veces contrastaba esta aridez con verdes campos y con algunas fajas de

1 "Adonde estaba la huerta que ha dicho que es la mejor que habia visto en toda su vida, y ansí lo tornó á decir que Cortés y el tesorero Alderete, despues entonces la vieron y pasearon algo de ella y se admiraron y dijeron que mejor cosa de huerta no la habian visto en Castilla." Ibid, loco citato.

tierra sumamente fértiles, como si la naturaleza hubiese querido compensar con aquellos esfuerzos la devastacion que habia en otro tiempo recorrido el suelo. Al quinto dia de su marcha se encontró el ejército frente á la fuerte ciudad de "Quauhnahuac" ó Cuernavaca, como por corrupcion la llaman los españoles. [1] Habia sido en un tiempo la capital de los Tlahuicas, y todavía era entonces la ciudad mas poblada y opulenta de aquellas comarcas. Era tributaria de los aztecas, y la defendia una guarnicion de esta nacion. Estaba situada de un modo raro, entre barrancas profundas que la cercaban por todos lados, menos por uno en que se salia á un campo fértil y bien cultivado; y aunque estaba á la altura de 5,000 á 6,000 piés sobre el nivel del mar, estaba tan abrigada de los vientos del Norte, por las montañas, que gozaba de un clima suave é igual, propio de regiones mas bajas.

Cuando llegaron los españoles á la vista de esta ciudad que era el límite de su camino hácia el mediodia se encontraron separados de ella por una de las barrancas de que hemos hablado, las cuales son ábras profundísimas causadas seguramente por al-

1 "Este bárbaro nombre indio es torturado por los escritores españoles, de cuantas maneras pueden; pero á poco tiempo recibió la dicha ciudad el nombre que ahora tiene y con el cual está designada en los mapas modernos." Prevalse poi quello di Cuernabaca col cualle é presentemente conosciuta dagli Spagnoli.' Clavijero, Stor. del Messico, tomo III, pág. 185. nota.

guna gran convulsion en los tiempos antiguos. Los lados eran sumamente pendientes y tan áridos que no se veia ni el *cactus*, ni ninguna otra planta de esas con que la naturaleza encubre sus deformidades en aquellas fértiles regiones. Pero el fondo del precipicio formaba un verdadero contraste, pues estaba cubierto de una vegetacion galana y rica, á causa de que las enormes paredes de piedra viva que formaban la barranca, al mismo tiempo que resguardában la sima de los frios vientos de las cordilleras, reflejaban sobre ella los rayos del sol vertical y calentaban aquel recinto hasta hacerle tomar la temperatura y producir los frutos propios de la *tierra caliente*. Mediante esa estufa natural, por decir así, pueden los habitantes de las orillas de aquellos precipicios, disfrutar fácilmente de todos los productos propios de regiones bajas.

En el fondo de la barranca se veia un riachuelo que, naciendo de las entrañas de la sierra, se precipitaba por un estrecho canal y contribuia con su perpétua humedad á la exhuberante fertilidad del valle. Este riachuelo que en ciertas ocasiones crecia con las lluvias hasta convertirse en un torrente, estaba atravesado á alguna distancia de la ciudad, en los puntos en que las faldas de la barranca ofrecian un tránsito may fácil, por dos toscos puentes que fueron destruidos por los naturales luego que supieron de la llegada de los españoles. Estos habian tocado con la orilla del precipicio que los separaba de la ciudad, el cual no era de gran profundidad, por lo que se vieron espuestos á los estragos de las saetas del enemigo, mientras que éste recibia poco daño del fuego de los españoles porque lo defendian sus atrincheramientos.

El general, molestado por la posicion que guardaba, mandó un destacamento que buscase un paso para ir al otro lado; pero aunque las orillas de la barranca iban siendo menos formidables conforme se bajaba, no habia medio de atravesar el rio, hasta que se presentó inesperadamente un arbitrio al cual antes que los castellanos, probablemente nadie se habia atrevido á fiarse.

De los bordos opuestos de la barranca nacian dos árboles gigantescos cuyos troncos se inclinaban el uno hácia el otro y cuyo ramage se entrelazaba y formaba un especie de puente suspendido. A un tlaxcaltecatl le pareció que no seria difícil pasar por allí al lado opuesto: logró verificarlo, y tras este atrevido montañés se siguieron otros muchos compatriotas suyos á quienes los ejercicios de agilidad y fuerza que habian acostumbrado en su infancia, habian familiarizado con estos peligros. Los españoles imitaron su ejemplo: era en estremo arriesgado para un hombre cubierto de su armadura pasar por aquel puente aereo mecido por el viento, y en que si se desvanecia la cabeza ó se afirmaba mal un pi-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON BIBLIOTECA UNIVERSITARIA "ALFONSO REYES" MONTERREY, MEXICO

ó una mano, se caia en un abismo profundo. Tres soldados se soltaron y cayeron; pero los otros que eran veinte ó treinta españoles, y muchos tlaxcaltecas llegaron salvos á la orilla opuesta. [1] Formaron apresuradamente y marcharon contra la ciudad. El enemigo empeñado en la pugna con los castellanos que estaban del otro lado de la barranca, fué cogido por sorpresa, la cual habria aumentado ciertamente, si los hubiese visto llover de las nubes como por encantamento, sobre el campo de batalla.

Se sostuvo con firmeza; pero al fin los españoles lograron restablecer uno de los puentes destruidos por el cual pasó aunque con mucha lentitud la caballería y el resto de la infantería. Los ginetes á las órdenes de Olid y Andrés de Tápia acudieron al punto en ayuda de sus compatriotas: siguióles Cortés con el resto de las tropas, y el ejército indio urgido por donde quiera y rechazado por todas partes, tavo al fin que evacuar la ciudad y refugiarse en las montañas. Púsose fuego á uno de los barrios da aquella: toda ella fué entregada al saqueo, que por ser aquel uno de los lugares mas opulen-

1 El animoso Bernal Diaz fué uno de los que hicieron esta peligrosa hazaña, pero segun cuenta, se desvaneció de tal suerte que apenas supo como pasaba. "Porque de mí digo que verdaderamente cuando pasaba, que lo vi muy peligroso y malo de pasar, y se me desvanecia la cabeza, y todavia pasé yo y otros veinte ó treinta soldados, y muchos tlaxtaltecas." Ibid, ubi supra.

tos, pudo indemnizar con sus despojos, las fatigas y riesgos de sus vencedores. Los cobardes caciques volvieron luego y se presentaron temblando en la presencia de Cortés, y disculpándose como de costumbre con imputarlo todo á los mexicanos, imploraron piedad. El, satisfecho con este acto de humillacion, hizo que cesara toda violencia contra los habitantes. [1]

Despues de haber llenado el principal objeto que llevaba al pasar las montañas, regresó para el Norte y comenzó á salvar la formidable valla que lo separaba del valle. La subida, encumbrada y trabajosa de suyo, lo era aun mas por los troncos y peñascos que la obstruian. Las faldas y cresta de la sierra estaban poblados de oscuros bosques de pinos y áridos encinos que esparcian en aquellos sitios una sombra melancólica, aun mas terrible hoy por habitar en ella famosas cuadrillas de bandoleros.

La estacion era calorosa, y como el suelo rocalloso estaba casi seco, tenian mucha sed. Algunos de los españoles quedaron desmayados en el camino, y unos cuantos indios murieron de sed. [2] El

1 Sobre la toma de Cuernavaca consúltese; Bernal Diaz, ubi supra. Oviedo, Hist,. de las Ind., MS. lib. 33, cap. 2. Ixtlilxochitl, Hist. Chich· cap. 93. Herrera, Hist. General, dec 3, lib. 1, cap. 8. Torquemada, Monarq. Ind., lib. 4, cap. 87. Relac. Terc. de Cortés, en Lorenzana, págs. 223, 224.

2 "Una tierra depinales despoblada, sin ninguna agua, y

derrotero que tomó el ejército, pasaba por la falda oriental de la montaña llamada la "Cruz del Marqués," denominada así por una enorme cruz de piedra erigida allí para señalar el límite de los terrenos que la corona de Castilla habia concedido á Cortés, Marqués del Valle. Una gran parte del camino que últimamente atravesaron las tropas pasaba por los dominios que despues poseyó el conquistador. [1]

Los castellanos gozaron ahora desde aquella altura de una vista del valle de México, distinta de todas las anteriores y que debió de parecerles aun mas hermosa por el contraste que formaba con los tristes paisages que acababan de recorrer. Aquel era el mas poblado y vistoso lugar de todo el valle, porque las ciudades y pueblos en ninguna parte estaban mas hacinados que al rededor de la laguna de agua dulce. Pero por cualquiera parte que se viese era el valle encantador á causa de su natural belleza y cultivo esmerado; y por donde quiera que se

cual y un puerto pasamos con grandisimo trabajo y sin beber tanto que muchos de los indios que iban con nosotros perecieron de sed." Relac. Terc. pág. 221.

1 La ciudad de Cuernavaca estaba comprendida en los dominios del duque de Monteleone, descendiente y heredero del *conquistador*. Los españoles en su derrotero hácia el Norte no se apartaron mucho probablemente, del camino real que va actualmente de México á Acapulco, y que en su parte elevada itene hoy los mismos caracteres que ofrecia en tiempo de la conquista.

examinase, se veian florecientes villas y en el centro el hermoso lago, que terso y reluciente como un negro espejo reflejaba la luz sobre las enormes moles de pórfido de que lo ha circuido la naturaleza.

El lugar de ataque que eligió Cortés fué Xochimilco, ó "campo de las flores," llamado así á causa de los jardines flotantes que estaban como anclados en las aguas que lo bañan. [1] Era una de las ciudades mas ricas y pujantes del valle y una de las mas adictas á la corona azteca. Estaba situada en parte, á la manera de la misma capital, en el agua, y se entraba á ella por calzadas no muy largas. Estaba compuesta, lo mismo que las ciudades de alguna magnitud, de cabañas ó chozas hechas de lodo y carrizo, de elevados templos, y de edificios de piedra pertenecientes á las clases acomodadas.

Cuando ya iban llegando á ella los españoles, les salieron al encuentro partidas de flanqueadores, que despues de escaramucear, se retiraban apresuradamente; y como vió Cortés que tomaban el rumbo de Xochimilco, luego pensó que allí se le disponia una dura resistencia; pero no pudo figurarse que fuese como fué.

Cuando entró en la calzada principal encontró en la estremidad interior de ella, un cuerpo de indios

1 Clavijero, Stor. del Messico, tom.III, pág. 187, nota.